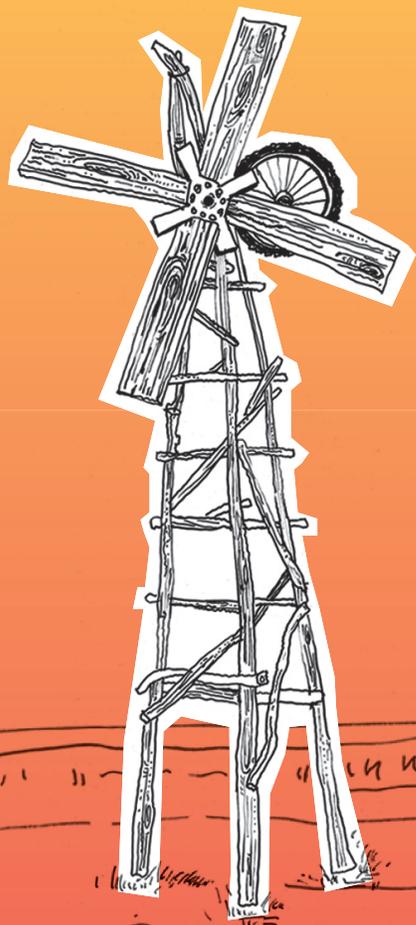


*La increíble historia de un muchacho
que cambió la vida de un país*



EL CHICO QUE PUSO HÉLICES AL VIENTO



**BEST SELLER
INTERNACIONAL**

William Kamkwamba y Bryan Mealer

mr̄

William Kamkwamba y Bryan Mealer

El chico que puso hélices al viento

Traducción de
Margarita Cavándoli Menéndez



mr ediciones martínez roca

El mapa y las ilustraciones son de William Kamkwamba

Fotografías por cortesía de familia Kamkwamba, páginas 16, 45 y 60; Bryan Mealer, páginas 22, 86 y 184-185; Tom Rielly, páginas 262, 277, 294 y 363, y Sangwani Mwafulirwa, del *Daily Times* malauí, páginas 334 y 336

El molino de viento que ilustra los inicios de capítulo es de Mary Schuck

Publicado por acuerdo con William Morrow, un sello editorial de HarperCollins Publishers

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Boy Who Harnessed the Wind*

© 2009, William Kamkwamba

© 2014, Margarita Cavándoli Menéndez, por la traducción

© 2014, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-84-270-4093-9

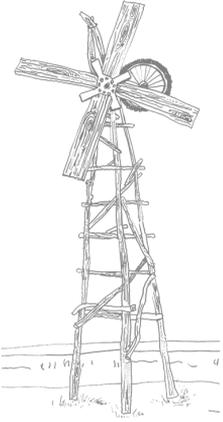
Depósito legal: M. 35.502-2013

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

1



Antes de que descubriera los milagros de la ciencia, la magia regía el mundo.

La magia y sus diversos misterios eran una presencia que me rondaba constantemente y que me proporcionaron el primer recuerdo infantil: la ocasión en la que mi padre me salvó de una muerte segura y se convirtió en el héroe que hoy es.

Yo tenía seis años y jugaba en la calle cuando se acercó un grupo de chicos vaqueros que cantaba y bailaba. Sucedió en la aldea de Masitala, cerca de la ciudad de Kasungu, donde mi familia vivía en una finca. Los pastores trabajaban para un granjero cercano que tenía muchas vacas. Contaron que esa mañana cuidaban del rebaño cuando en la carretera vieron una saca enorme. La abrieron y descubrieron que estaba llena de chicle. ¿Te imaginas semejante tesoro? No te puedes ni figurar lo mucho que me gusta el chicle.

—¿Le damos un poco a este niño? —preguntó uno de los vaqueros.

No me moví ni respiré. Tenía hojas secas en el pelo.

—Bueno, ¿qué nos lo impide? —preguntó otro vaquero—. Miradlo.

Uno de los chicos metió la mano en la saca y cogió un puñado de bolas de chicle, una de cada color, que depositó en mis manos. Me las metí en la boca. Cuando se alejaron, noté que ese jugo dulce rodaba por mi barbilla y me mojaba la camisa.

Al día siguiente jugaba bajo el mango cuando un comerciante que iba en bicicleta se detuvo a charlar con mi padre. Comentó que la mañana anterior, cuando iba de camino al mercado, se le había caído una de las sacas. Cuando se percató de lo ocurrido y regresó, alguien la había cogido. Añadió que la saca estaba llena de chicle. Otros comerciantes le hablaron de los vaqueros que repartían chicle por las aldeas, por lo que se enfadó mucho. Durante dos días había recorrido en bicicleta el distrito en busca de esos chicos. A continuación lanzó una amenaza escalofriante:

—He ido a ver al *sing'anga* y los que se hayan comido el chicle no tardarán en arrepentirse.

El *sing'anga* es el hechicero.

Hacía mucho que me había tragado aquel chicle. Su recuerdo dulce y persistente se convirtió en veneno en mi boca. Empecé a sudar y el corazón me latió desafortunadamente. Sin que nadie me viese, corrí hacia los eucaliptos que había detrás de mi casa, me apoyé en el tronco de un árbol e intenté purificarme. Escupí, me provoqué arcadas, me metí los dedos en la garganta e hice cuanto pude para librarme de la maldición. No hubo manera. Un manchón de saliva humedeció las hojas que tenía a mis pies, por lo que las tapé con tierra.

Poco después, como si una nube negra hubiese ocultado el sol, noté el gran ojo del hechicero que me observaba entre los

árboles. Me había comido lo que no debía y ahora me dominaba su oscuridad. Esa noche los brujos irían a buscarme a la cama. Me montarían en sus aviones, me obligarían a luchar y me abandonarían, dándome por muerto, en los mágicos campos de batalla. Mientras mi alma vagase en solitario y olvidada más allá de las nubes, por la mañana mi cuerpo estaría frío. El miedo a la muerte se apoderó de mí como si de la fiebre se tratase.

Lloré con tanta fuerza que no pude mover las piernas. Las lágrimas rodaron ardientemente por mis mejillas y, a medida que caían, el olor a veneno impregnó mi nariz. Se extendió por todo mi interior. Hui de la arboleda tan rápido como pude e intenté escapar del gigantesco ojo mágico. Corrí hasta casa, hasta el lugar donde mi padre se encontraba pelando mazorcas.

—Fui yo —reconocí, y el llanto ahogó mis palabras—. Me comí el chicle robado. Papá, no quiero morir. ¡No permitas que me lleven!

Mi padre me observó unos segundos, meneó la cabeza, esbozó una especie de sonrisa y preguntó:

—¿De modo que fuiste tú? —Pensé que mi padre no se daba cuenta de que yo estaba acabado—. De acuerdo —añadió, y se levantó de la silla. Las rodillas le crujían cada vez que se ponía en pie. Mi padre es un hombre corpulento—. No te preocupes. Buscaré al comerciante y se lo explicaré. Estoy seguro de que encontraremos una solución.

Aquella tarde mi padre caminó los ocho kilómetros que nos separaban de un lugar llamado Masaka, que era donde vivía el comerciante. Le explicó lo ocurrido y le contó que los vaqueros se habían cruzado conmigo y me habían regalado el chicle robado. Sin decir nada más, mi padre le pagó la saca entera, que equivalía a su salario de toda una semana.

Esa noche, después de la cena y una vez salvada mi vida, pregunté a mi padre por la maldición y quise saber si de verdad creía que yo estaba acabado. Se puso muy serio antes de responder:



De niño con mi padre, en la aldea de Masitala. Desde mi perspectiva, era el hombre más grande y más fuerte del mundo.

—Ya lo creo, llegamos justo a tiempo. —Se echó a reír de esa forma que me hace tan feliz, agitó su pecho ancho y la silla de madera crujió—. William, ¿quién sabe lo que te espera?

Mi padre conocía todas las historias, era fuerte y no le temía a la magia. En las noches en las que no había luna, encendíamos un farol y nos reuníamos en la sala. Mis hermanas y yo nos

sentábamos a los pies de mi padre para que nos contase las costumbres del mundo, la forma en la que la magia nos acompañaba desde el principio. En una tierra de campesinos pobres, los problemas eran excesivos como para que solo Dios y el hombre intentaran resolverlos. A fin de compensar ese desequilibrio, explicaba mi padre, existía la magia como tercera y poderosa fuerza. La magia no era algo visible, como un árbol o una mujer que transporta agua, sino una fuerza invisible y poderosa como el viento o una telaraña tejida en el camino. La magia existía en las narraciones, y una de nuestras preferidas era la del jefe Muase y la batalla de Kasungu.

Desde principios del siglo XIX e incluso en el presente, los cheuas dominan las llanuras centrales. Hacia allí habíamos huido hacía muchas generaciones desde las tierras altas del Congo meridional, en una época de grandes guerras y enfermedad, y nos habíamos asentado donde el suelo era tan negro rojizo y fértil como largos los días.

En ese período, y justo al noroeste de nuestra aldea, un rinoceronte negro feroz se dedicó a sembrar el terror por la tierra. Era más grande que un camión de tres toneladas y tenía los cuernos del largo de los brazos de mi padre, con las puntas tan aguzadas como puñales. Por aquel entonces, aldeanos y animales compartían la charca, en cuya parte poco profunda el rinoceronte se sumergía y acechaba. En su mayor parte, quienes visitaban la charca eran mujeres y niñas como mi madre y mis hermanas. Cuando introducían sus cubos en el agua, el rinoceronte atacaba, las partía y aplastaba con sus poderosas patas y no dejaba más que restos ensangrentados. A lo largo de varios meses, el temido rinoceronte negro había asesinado a más de cien personas.

Una tarde, una niña de la familia real cheua murió aplastada en la charca. Cuando se enteró, el jefe se enfureció y decidió tomar medidas. Reunió a los ancianos y a los guerreros para preparar un plan.

—Ese bicho es una auténtica amenaza —declaró el jefe—. ¿Cómo podemos deshacernos del rinoceronte?

Hicieron muchas propuestas, ninguna de las cuales convenció al jefe. Finalmente, uno de sus ayudantes se puso en pie y dijo:

—Conozco a un hombre en Lilongüe. No es jefe, pero tiene un arma de los *azungu* y es muy hábil para la magia. Estoy convencido de que sus cálculos mágicos son lo bastante fuertes como para vencer al rinoceronte negro.

Se trataba de Muase Chifaudzu, cuya magia era tan superior que tenía fama en todo el reino. Muase es un cazador mágico. Su nombre significa «hierba asesina», ya que es capaz de disfrazarse de mata de juncos en los campos, lo que le permite tender una emboscada a sus presas. La gente del jefe recorrió los cien kilómetros que hay hasta Lilongüe y apeló a Muase, que accedió a ayudar a sus hermanos de Kasungu.

Una mañana, Muase llegó a la charca antes de la salida del sol. Se detuvo en las hierbas altas cercanas a la orilla y roció con agua mágica tanto su cuerpo como su fusil. Ambos desaparecieron y se convirtieron en música en la brisa. Minutos después, el rinoceronte negro avanzó pesadamente colina abajo y se dirigió a la charca. Cuando sumergió su pesado cuerpo en la zona poco profunda, Muase se situó tras él y le pegó un tiro en la cabeza. El rinoceronte cayó muerto.

Las celebraciones comenzaron enseguida. Durante tres días, los aldeanos del distrito se dieron un festín con la carne de esa bestia terrible que se había cobrado tantas vidas. En el momen-

to culminante de las festividades, el jefe condujo a Muase hasta la cumbre de la colina más alta y contempló el territorio en el que los cheuas dominaban. Se trata de la colina Muala ua Nyenje, que significa «la Roca de las Moscas Comestibles», nombre que recibe por los peñascos de la cumbre y las moscas gordas y deliciosas que viven en los árboles.

El jefe se detuvo en lo alto de la Roca de las Moscas Comestibles, señaló la franja gigantesca de tierra verde y se dirigió a Muase:

—Tengo un premio para ti por haber matado a esa bestia horrible y tan temida. Desde aquí te otorgo el dominio de ese lado de la montaña y de cuanto se divisa desde su cima. Ve a buscar a los tuyos y convierte esta tierra en tu hogar. Ahora es tu reino.

Muase volvió a Lilongüe, se llevó a su familia y en poco tiempo creó un imperio próspero. Sus tierras de labrantío produjeron maíz en abundancia, así como verduras que alimentaron a toda la región. Su pueblo era fuerte y sus guerreros, poderosos y temidos.

Por esas fechas estalló un gran caos en el reino zulú de Suráfrica. El ejército de Shaka, el rey zulú, inició una campaña sanguinaria para conquistar las tierras que rodeaban su reino y su camino de terror y destrucción provocó la huida de millones de personas, uno de cuyos grupos estaba formado por los ngonis.

Los ngonis marcharon hacia el norte durante muchos meses y al final se detuvieron en territorio cheua, donde el suelo era húmedo y fértil. Dado que siempre estaban en movimiento, el hambre solía acuciarlos. Cada vez que ocurría, se desplazaban más al norte y pedían ayuda al jefe Muase, que siempre los auxiliaba con maíz y cabras. Cierta día, después de aceptar otra

limosna de Muase, los jefes ngonis se reunieron y se preguntaron cómo podían contar siempre con esa clase de comida.

Alguien respondió que eliminando a los cheuas.

Los ngonis estaban encabezados por el jefe Nauambe, cuyo plan consistió en tomar la Roca de las Moscas Comestibles y todas las tierras visibles desde la cumbre. Claro que los ngonis no sabían lo mágico que era el jefe Muase.

Una mañana, los ngonis escalaron la montaña vestidos con pieles de animales; en una mano sostenían sólidos escudos y en la otra las lanzas. Como era de prever, los guerreros del jefe Muase los habían detectado cuando todavía estaban a kilómetros de distancia. En el momento en el que los ngonis llegaron a la colina, los guerreros cheuas ya se habían disfrazado de hierba verde y mataron a los intrusos con puñales y lanzas. El último en perder la vida fue el jefe Nauambe. Por ese motivo, la montaña dejó de llamarse la Roca de las Moscas Comestibles y se convirtió en Nguru ya Nauambe, que significa, lisa y llanamente, «la letal derrota de Nauambe». Esa misma colina arroja una larga sombra sobre la ciudad de Kasungu, que se encuentra cerca de mi aldea.

Esas historias se transmitían de generación en generación y mi padre las aprendió de mi abuelo. El padre de mi padre era tan viejo que no recordaba cuándo había nacido. Tenía la piel muy seca y arrugada y sus pies parecían cincelados en piedra. El abrigo y los pantalones parecían incluso más viejos que él de tantos remiendos que tenían y pendían de su cuerpo como la corteza de un árbol añoso. Con las vainas de maíz y tabaco silvestre liaba cigarros gordos y tenía los ojos enrojecidos por

el *kachaso*, aguardiente de maíz tan poderoso que dejaba ciegos a hombres más débiles que él.

El abuelo nos visitaba una o dos veces por mes. Cada vez que asomaba entre los árboles con su abrigo largo, el sombrero y la voluta de humo que escapaba entre sus labios, era como si el bosque mismo hubiese desarrollado piernas y caminara.

Las historias del abuelo eran de un lugar y una época distintos. En su juventud, antes de que las explotaciones estatales de maíz y tabaco llegaran y talasen casi todos los árboles, los bosques eran tan tupidos que en su interior el viajero perdía el sentido de la orientación y del tiempo. Allí el mundo invisible estaba más apegado al suelo y se mezclaba con la oscuridad de la arboleda. Los bosques eran el hogar de muchos animales salvajes como antílopes, elefantes y ñúes, además de hienas, leones y leopardos, lo que acrecentaba más si cabe los peligros.

Cuando el abuelo era niño, una leona atacó a su abuela. Trabajaba en los campos linderos con el bosque y espantaba a unos monos cuando una leona se aproximó. Los aldeanos oyeron sus gritos y se apresuraron a tocar el tambor; no me refiero al sonido rítmico y veloz de las danzas y las ceremonias, sino a algo lento y serio. Ese toque se llama *musadabue*, que significa: «¡No hagas preguntas, simplemente ven!». Es como marcar el número de emergencias, aunque, en lugar de a la policía, a quien llamas es a los aldeanos.

Cuando el abuelo y otros llegaron con las lanzas, los arcos y las flechas, ya era demasiado tarde. Vieron que la leona, cuyo cuerpo tenía el tamaño del de las vacas, arrastraba a su abuela hacia los arbustos espinosos y la lanzaba como si fuese un ratón. La leona se dio la vuelta, les hizo frente, soltó un rugido

estremecedor y se alejó con la presa. Nunca recuperaron el cuerpo de la pobre mujer.

Según mi abuelo, una vez que ha probado sangre humana, el león no se detiene hasta devorar una aldea entera. Por lo tanto, por la mañana avisaron a las autoridades británicas que todavía controlaban nuestro país. Esas autoridades enviaron soldados al bosque y abatieron a la leona. Luego expusieron su cuerpo en la plaza de la aldea para que todos lo viesen.

Poco después, el abuelo cazaba solo en el bosque cuando se topó con un hombre picado por una cobra. La serpiente estaba escondida en un árbol y mordió la cabeza del hombre cuando este pasó. Su piel no tardó en adquirir un tono gris y al cabo de unos minutos estaba muerto. El abuelo dio la voz de alerta en la aldea más cercana y el hechicero se presentó. Apoyó un pie sobre el pecho del difunto y repartió medicinas por el bosque. En cuestión de segundos, el terreno cobró vida cuando centenares de cobras abandonaron las sombras e, hipnotizadas por el hechizo, se reunieron alrededor del cadáver.



El abuelo muestra el arco y la flecha contruidos a mano que en otra época utilizaba para matar leones y ñues. La gente dice que el abuelo era el mejor cazador de todo el distrito.